

MANUEL VICENT

La sala de conferencias del Club Siglo XXI está adornada con bruñidas calaveras de ciervos y su correspondiente ramaje de cuernos que parecen árboles genealógicos. Es lo que resta de aquel ámbito cerrado e insonorizado del franquismo, un residuo de señoritismo de montería o estética de rifle, abrigo loden, Balmes en la canana, cierta deportividad de sauna y bronceado de cortijo. Entonces allí se comía mal. Hoy se come tal vez peor, aunque eso no importa. Las ideas modernas son más indigestas para algunos que la lubina de congelador con salsa tártara. El Club Siglo XXI en los últimos años se ha orado mucho, prácticamente se ha convertido en la única tribuna oral donde los que tienen algo que decir lo dicen con más o menos éxito, con mayor o menor aglomeración y calidad de público.

El jueves 7 de febrero habló Juan Luis Cebrián sobre la España radical. Allí estaban los que debían estar, como pasa siempre en este tipo de actos. La personalidad del conferenciante, la imagen pública que proyecta, las ideas que se esperan y el auditorio forman un todo, una fiesta social, intelectual o un conglomerado de sentimientos comunes o proyectos consolidados en un espíritu de cuerpo. Tal vez se encuentre a alguien que no encaja en el retablo, por ejemplo, esta tarde puedes ver a José Solís como un pato en un garaje o al revés, puedes sentir que Emilio Romero está como un garaje en un pato o que Carrillo ha caído por allí en plan espía que no quiere perderse una información de primera mano, o la damisela que es perejil de todas las salsas o el viejo socio que se aburre y no deja pasar una, pero, por regla general, las caras de la parroquia son las del friso que tú previamente has concebido. Y eso nunca falla.

El de Juan Luis Cebrián es un público de maravillosos. Lo que él representa por sí mismo y a través de "El País" atrae a una clientela típica, lo que se llama gente fina, hermosa, inteligente, con un toque de distinción de diseño anglosajón, a la que le sienta bien el traje, los nietos de la Institución Libre de Enseñanza que han mezclado a Giner de los Ríos con el jazz, el liberalismo culto con un rock no muy sucio. De modo que piensas: por aquí debe de andar Fernández Ordóñez, y en efecto, allí está, aunque sea con el brazo en cabestrillo dentro del suéter. O Javier Solana. O Carmen Tamames. O Javier Pradera. O Carmela García-Moreno. O Paco Umbral. O Antonio Gala. O Clemente Auger. O Juan Cueto. Ex ministros con cierta pátina. Políticos, profesionales, artistas con buena vibración. No hace falta seguir. Está la nómina al completo. Una vez convencidos de que todos somos altos, rubios, simpáticos y guapos, después de saludarse con sofisticada abulia, la conferencia empieza.

Juan Luis Cebrián desde siempre ha tenido pinta de joven teniente intelectual y aguerrido que prefiere estar y disparar en la primera línea de fuego. A veces se comporta con una tai-

mada cautela, a veces parece entrar en una furia de purificación y entonces coge el látigo y le basta la simple moral burguesa para encofrar al rebaño de cabras. La conferencia del otro día fue un repaso. Todo está muy mal, eso es cosa sabida. Juan Luis Cebrián comenzó con un estacazo al Gobierno para abrir boca y siguió con los partidos de la oposición, con la administración, la economía, la enseñanza, la moral ciudadana, la represión creciente, la corrupción de los funcionarios, la televisión y, ya metido en gastos, arrió un viaje a los curas y



Juan Luis Cebrián.

LA ESPAÑA RADICAL

dió un suave toque a los militares. Fue un auténtico tiro de pichón. Cualquier tema, institución o problema, echaba a volar por el aire de la sala y de pronto se oían dos escopetazos secos y la pieza ensangrentada caía en el regazo de González Seara o en el de Carrillo. Hubo pólvora para todos. A veces era Enrique Múgica el que se encontraba con el plato roto en las manos o era cualquier ministro incómodamente sentado sobre una nalga. Alguno puede pensar que allí en la tarima había un revolucionario, un airado jacobino, un joven rebelde o un ángel vengador con barba. No señor. Juan Luis Cebrián, que uno recuerde, sólo citó

a Joaquín Costa, a Manuel Azaña y a Ramón Pérez de Ayala para apoyar la culata de su escopeta. Las ideas de su invectiva están en los libros de Bachillerato a disposición de cualquiera.

En realidad lo que desde el primer momento comenzó a esparcirse por el ambiente fue el viejo perfume del regeneracionismo, el sentido moral, puesto al día, de aquellos inclitos personajes de mostacho engomado de nuestra mejor historia. Se puede creer que son ideas periclitadas, fórmulas de salvación con olor a polilla. Pero no es así. Coges el talante político, la nobleza cívica, la actitud intelectual de Giner de los Ríos, Ganivet, Costa, Salmerón, Pi y Margall, Azaña, Ortega y Gasset, Marañón, Pérez de Ayala, los diluyes en esta fétida mediocridad que nos rodea y la mezcla resulta explosiva, aquellos liberales incorruptibles con el simple magisterio de su incontaminación se convierten en revolucionarios desde el retrato ovalado color sepia.

Juan Luis Cebrián no aludió directamente a esto, pero la música interior le sonaba a cada oyente a gloriosa página de texto de lo que ha sido la mejor tradición liberal, moral, intelectual y elitista española. Para comenzar, el conferenciante dijo que aquello no iba a ser una proclama para fundar el partido radical. Pero su discurso fue una llamada para advertir a los mediocres de su mediocridad, a los incompetentes de su incompetencia, a los corruptos de su corrupción, para anunciar que hay una formación de españoles desencantados no de la democracia, sino de la banalidad de sus líderes, que estarían dispuestos a regenerar el país. Sin formularlo expresamente, Juan Luis Cebrián buscaba el cabo suelto que en 1939 dejó la Institución Libre de Enseñanza, el espíritu regeneracionista roto con la guerra civil y que la reforma política de Suárez y los partidos de la oposición no han sabido rescatar.

Naturalmente, la melodía era muy bonita y el público estaba ya previamente adherido a lo que podría ser este partido. Así que tampoco es extraño que al final de la conferencia la clientela buscara como loca "tickets" para la cena, sabiendo que se como tan mal, a la espera de que se repartieran carnets y folios para echar la firma. Se habrían apuntado todos. Para muestra bastan dos botones. Emilio Romero dijo que estaba muy contento porque Juan Luis Cebrián había coincidido con sus ideas. Santiago Carrillo recordó que lo de Juan Luis Cebrián lo venía diciendo él todos los días. Y es que a todo el mundo le gustaría ser puro, flagelador, radical radiante, incontaminado y tener como abuelo a don Francisco Giner de los Ríos. A uno también le encantaría ser Ganivet. Me lo pido primero. Porque Umbral ya es Larra. Lo que está claro es que, vista la situación política y social de este país en nuestro tiempo, basta con enunciar unas ideas morales puras para que una conferencia levante ampollas. Y eso sucedió en el Club Siglo XXI. ■